



EDITORIAL

Hace poco leía un breve ensayo de un crítico estadounidense sobre la muerte de la literatura. En esa categoría incluía la muerte del autor, la muerte del lector, la muerte del significado literario, entre otros. Después de aceptar como válidos muchos de sus argumentos, caí en cuenta de que, siendo así, aquellos que nos hemos dedicado a eso que se ha dado por denominar «estudios literarios», en realidad lo que hemos estado haciendo sería «estudios forenses». Esa idea me resultó grotesca y preocupante.

«Matar» a la literatura, si seguimos esa línea argumentativa, generaría la implicatura lógica de que estaba «viva». Ahora bien, ¿en qué consistiría esa vivacidad? Es decir, ¿qué hizo que la literatura estuviera viva? Y de igual manera ¿qué pasó para que se muriera? También cabe otras preguntas: ¿lo que se murió fue el arte de escribir o la categoría abstracta en la que esos escritos han sido alojados? Nos inclinamos a acoger que el asunto está más dirigido hacia lo que plantea esta última interrogante.

Como sabemos, la literatura como categoría socio-estética, apenas data de mediados del siglo dieciocho. Sin embargo, eso no impidió que antes y después se hayan producidos textos a los cuales les conferimos un relevante valor estético y por lo cual son considerados literarios. Y allí está en centro de la disputa: la literatura existe en la medida que hayan textos a los cuales se le adjudican características y relaciones distintas a otros textos que también hacen vida en el seno de las sociedades. El asunto de vieja data está (desde de que también se «mató» a la literariedad de los formalistas rusos) en determinar cuáles son esas características (universalmente válidas) y cuáles son esas relaciones (pragmáticamente visibles).

Según sea las respuestas que se ofrezcan a los anteriores enigmas (y a otras correlacionadas con estos) nos conducirán, de manera irreductible, al cuestionamiento de los llamados «estudios literarios». Los «estudios literarios», son un área de indagación científica (usamos este término sin ningún tipo de prurito) que se ocupan de una parcela de las tantas existentes dentro de la producción semio-cultural del hombre en

la vida social. Ellos reconocen que los textos considerados literarios recogen una variedad y compleja red de significaciones y que producen un impacto en las mentes de los hombres y por ello merecen (los textos literarios) la pena ser atendidos. La literatura es un producto cultural como tantos otros, que se materializa en los textos y que tiene en la imaginación de los autores y en la necesidad cognitiva-afectiva de los lectores sus puntos de anclaje fundamentales. Estudiar sistemática y coherente este proceso procura aportar en la hondura humana que las obras literarias, de por sí, resguardan. Sin embargo, y en mi opinión, que no hayamos llegado a consensos perpetuos o que aparezcan nuevos textos con nuevas propuestas estéticas solo debe interpretarse como retos para los estudiosos antes que decepciones o incapacidades críticas (en el sentido kantiano del término).

Creo que, causalmente, gran parte esa decepción frente el asunto de la literatura (su supuesta muerte) también ha alcanzado y embarrado a los estudios que se encargan de ella. En estos momentos, solo las universidades siguen siendo, todavía, el espacio en donde se realizan y financian estos estudios. La poca investigación literaria que realizamos en nuestro país, está, fundamentalmente apoyada por los centros e institutos que hacen vida académica dentro de las universidades. No obstante, esto no invisibiliza el hecho del decaimiento y el escaso vigor que se sigue percibiendo en torno a este campo. En Venezuela, por ejemplo, el Simposio de investigadores y docentes de la literatura venezolana ha caído en un letargo doloroso. En otros eventos académicos afines en los que los estudios literarios son aceptados dentro de las gamas de temas ofrecidos, las ponencias sobre investigaciones o crítica literarias presentadas suelen ser escasas y poco concurridas. Matar a la literatura no nos ayuda mucho. Ni siguiera a esos entusiastas perezosos que se encantan con el escepticismo y el relativismo absolutos y que dan por válida cualquier aproximación crítica en torno a su difunta.

Esta realidad nos obliga, a todos aquellos que creemos en la literatura como un valioso aporte a la cultura de una sociedad (no en su sentido elitista, sino en el de construcción positiva y solidaria de bienes simbólicos) a hacer y mantener el trabajo de su examen, discusión y publicación. Esto implica apoyar más la exploración y la búsqueda ilusionadas que la autopsia.

Esta revista sigue, número tras número, instalada en esa utopía.

*Dr. Steven Bermúdez Antúnez
Docente-investigador de la Universidad del Zulia*